

luz alguna al campo;
 Si el astro soberbio
 mueve el mar ayrado,
 y mezcla sus aguas
 desde arriba abaxo;
 Las que eran poco antes
 como vidrio claro,
 y un sereno dia
 por lo sosegado;
 Revuelto ya el cieno
 su candor manchado,
 á la vista niegan
 cristalino paso;
 El rio que corre
 con rápido paso,
 y se precipita
 de los montes altos,
 Tal vez se detiene
 si encuentra un peñasco,
 que se ha desprendido
 de un risco empinado.
 Tú tambien si quieres
 ver con ojos claros
 de la verdad santa
 los lucidos rayos;
 Y si sollicitas
 ir encaminado
 por derecha senda
 sin andar vagando,
 Huye el gozo leve;

el temor amargo,
 la dulce esperanza,
 y el dolor tirano;
 Porque entre tinieblas
 el discurso humano,
 sujeto está al freno
 de rigidos lazos;
 Sin que tener pueda
 libertad en tanto
 que reynaren estos
 mortales cuidados.

LIBRO SEGUNDO.

PROSA I.

Suspendió tras esto la voz por un breve espacio, y luego que de mi silencio coligió mi atencion, empezó así: si yo he llegado á averiguar de raiz las causas de tu enfermedad, á ti te afligen las memorias de tu antigua próspera fortuna, ella sola es la que mudada de semblante, á tu parecer, altera tu sosiego; ya yo entiendo las varias transformaciones de este monstruo, y que con los que intenta dexar burlados profesa estrechísima amistad primero, para ocasionarles mas intolerable sentimiento desamparándolos de improviso despues; y si te acuerdas

bien de su natural y costumbres , conocerás que no gozaste ni perdiste en ella cosa digna de estimacion ; pero á lo que pienso no ha de costarme mucho el traerte á la memoria sus propiedades ; porque tú solias , aun quando se te mostraba mas afable , provocarla con varoniles palabras , y perseguirla con las sentencias valientes , que enseñado de mí pronunciabas : mas ninguna repentina mudanza de las cosas dexa de ocasionar algun género de turbacion al pecho mas animoso ; y así ha sucedido que tambien á ti te ha faltado el sosiego algun espacio ; mas ya ahora es tiempo de que recibas y pruebes alguna bebida suave y gustosa , que penetrando hasta lo íntimo de tu pecho abra camino á otras mas eficaces . Valgámonos pues de la dulce persuasion de la retórica , que solamente discurre por camino derecho quando no excede de nuestros preceptos ; y forme acompañada de ella nuestra familiar la música , ya fáciles , ya primorosos contrapuntos ; ¿ qué suceso pues , ó mortal , es el que te ha reducido á tan profunda tristeza ? ¿ hate sucedido alguna cosa nueva y desusada ? Si juzgas que mudó para ti la fortuna de estilo , te engañas , que estas son siempre sus costumbres , y este su natural , y en

su misma inconstancia se mostró contigo constante : de la misma calidad era quando te lisongeaba con engañosos albagos de mentidas felicidades , sino que ahora es quando llegaste á conocer los varios semblantes de la deidad ciega ; y esta que á los demas se encubre , aun á ti se te manifestó ya ; y así si te agrada su condicion , sigue sus costumbres y no te quexes ; si te pone horror su infidelidad , despréciala y arrójala de ti , pues hace tan pesadas burlas : esto mismo que ahora es causa de tu tristeza , lo habia de ser de tu sosiego ; ¿ por qué te ha dexado aquella de quien ninguno podrá tener seguridad de que no ha de dexarle ? ¿ juzgas por digna de aprecio la prosperidad que ha de acabarse ? ¿ y es para ti de estimacion la fortuna presente con la incertidumbre de permanecer , y con la evidencia de que ha de acarrear sentimiento en faltando ? Fuera de que , si no es poderoso el arbitrio humano á detenerla , y á los que mas favoreció asistiéndolos , hace mas desdichados dexándolos : ¿ qué otra cosa viene á ser la felicidad fugitiva , que un evidente indicio de que ha de llegar la desdicha ? Ni tampoco basta enganar la vista con aquello que está presente á los ojos ; porque la prudencia adelanta la

consideracion al fin de las cosas, y la inestabilidad misma que hay en entrambas fortunas, hace que ni la adversa sea formidable, ni la próspera apetecible; finalmente, despues que ya una vez hayas sujetado la cerviz á su yugo, es ménester que toleres con equanimidad qualquiera cosa que sucediere en los lances de la fortuna; porque será contra toda razon que quieras tú poner preceptos de quedarse y partirse á aquella que tú mismo voluntariamente elegiste por señora tuya; pues con no saber sufrirla ni poder emendarla, vendrás á hacer mas intolerable tu mala suerte. Si encomendáras las velas á los vientos, caminarias, no adonde tu voluntad te guiase, sino adonde sus soplos te impeliesen. Si fiaras la simiente á los campos, interpolariáanse entre sí los años abundantes con los estériles. Tú te entregaste á la fortuna que te rigiese, conviene pues que obedezcas las costumbres de quien es dueño. Intentas detener el ímpetu furioso de su volteria rueda? Adviérte ya, ó el mas necio de todos los mortales, que si la fortuna diera en ser constante, dexaria de ser fortuna.

METRO I. DEL LIBRO II.

Esta quando soberbia desafia, no sabe á ser varia al mas vario de los vientos, á cruel reduce á viles rendimientos á los Reyes que el orbe mas temia; Levanta al trono al que en prision yacia, ni oye quejas, ni escucha sentimientos, y de los llantos, penas y lamentos, que ella misma causó, se rie impía. Así burla con todos su inconstancia: así en daño del mísero que llora, prueba las fuerzas, que su ser le ha dado; es el mayor blason de su arrogancia, que en el sucinto término de una hora, se vea uno abátido y sublimado.

PROSA II. DEL LIBRO II.

Pero quisiera ventilar contigo algunas razones de la misma fortuna. Juzga pues tú si le asiste la razon; ¿por qué estás, dice, ó hombre, acusándome cada dia con tus quejas? ¿qué injuria te he hecho? ¿qué bienes tuyos te he quitado? Pleytea conmigo delante de qualquiera Juez sobre la posesion de las riquezas y dignidades, y si probares que algo de todo esto es propio de alguno de los mortales, yo te confesaré ingenuamente que todo quanto

pretendés era tuyo; quando la naturaleza te desprendió del vientre materno te recibí en mis brazos desnudo y pobre, acudí á tu abrigo con mis riquezas; y (lo que ahora te pone mas impaciente contra mí) con oficioso agasajo te crié regaladamente, y te enriquecí con esplendida abundancia de todo aquello que está debaxo de mi jurisdiccion: antójaseme ahora retirar la mano; tienes pues obligacion de darme las gracias, como quien se ha valido de lo que era ageno, y no tienes licencia de pedirme quexas como si hubieras perdido lo que era tuyo: pues ¿por qué te lamentas? ¿he usado yo contigo de violencia alguna? Las riquezas, los honores, y todas las demas cosas de este género, todas están sujetas á mi arbitrio, siervas son mias que me reconocen por señora suya; conmigo vienen, y se van conmigo, y me atrevo á afirmar que si fueran tuyas las grandezas que lamentas perdidas, de ningun modo las hubieras perdido; ¿pues qué es esto? ¿á mí sola me han de prohibir el uso de mi derecho? Tiene licencia el cielo para ostentar resplandecientes dias, y ocultarlos despues con tenebrosas noches; permítesele á la variedad del año ya coronar la tierra con olorosas y matizadas flores, con sa-

zonados y opimos frutos, ya marchitar su verde pompa con tempestuosas y continuas lluvias, con perezosos y erizados frios; puede el mar licitamente ya lisongear apacible con sus serenas aguas, y atemorizar formidable con sus soberbias olas; y á mí me ha de obligar la insaciable avaricia de los hombres á que guarde constancia siendo tan agena de mis costumbres? Este es mi estilo ordinario, este es mi continuo juego: volteo la rueda á círculos, y gusto de levantar lo inferior á lo encumbrado, y abatir lo encumbrado á lo inferior; sube si te agrada mas con esta máxima, que no has de tener por agravio el baxar quando lo pida la ley de mi juego. ¿Por ventura ignorabas tú mis mañas? ¿no sabias lo de aquel Rey de Lydia Creso, que habiendo sido primero el mayor asombro de Ciro, cautivo poco despues, y entregado miserablemente á las llamas, hubo menester una lluvia del cielo para librarse de ellas? ¿escóndesete acaso que habiendo vencido Paulo, aquel célebre Cónsul al poderoso Rey Perseo, le lastimó tanto de su desgracia, que lloró por su prision el mismo que le hizo prisionero? ¿qué otra cosa lamenta el clamor de las tragedias, sino los inconsiderados golpes con que la fortuna derriba los reynos mas prósperos?

¿ no aprendiste quando mancebo que habia en el umbral del palacio de Júpiter dos vasijas , una de amargo breverage , y otra de dulce licor , y que qualquiera que entrase habia de probarlas entrambas ? ¿ qué lloras pues si te cupo mas parte de lo sabroso que de lo azedo ? ¿ qué te quejas si aun no me desvié de ti totalmente ? ¿ qué gimes si esta misma inconstancia mia te alienta con razon á esperar suerte mas feliz ? Ea pues , no pierdas el ánimo , ni habitando en este Reyno á todos común , pretendas vivir con la ley á ti solo particular.

METRO II. DEL LIBRO II.

*Si quantas el mar ayrado
con los vientos movió arenas,
y quantas el estrellado
cielo las noches serenas
lucos bellas ha ostentado;
De riquezas tanta copia,
sin que retire la mano,
derrame la cornucopia,
siempre una miseria propia
llorará el género humano;
Aunque quanto uno desea
con súplica codiciosa,
Dios le dé que lo posea;*

*y su mano poderosa
pródiga del oro sea;
Y aunque á quien viese entregado*

*á su ambicion desalada
le coloque en alto estado,
despues de haberlo alcanzado*

*todo le parece nada;
Que antes bien quando provoca
la codicia formidable,*

*devorando quanto toca
con hambre mas insaciable,
vuelve á abrir la borrenda boca;*

*¿ Qué freno podrá parar
la ambicion del poseer,
quando se va á despeñar,*

*si con el mismo alcanzar
crece la sed del tener ?
Mira quán errado vas*

*buscando tesoros , loco;
porque si en la cuenta das
no es pobre quien tiene poco,*

*sino quien desea mas;
Que el que acostumbra quejarse,
por mas que todo le sobre,*

*si no sabe contentarse,
rico no puede llamarse,
pues él se tiene por pobre.*

PROSA III. DEL LIBRO II.

Si hablára pues contigo estas razones, la fortuna volviendo por sí, es infalible que no tuvieras que replicarla, ó si discurre algo con que puedas defender justamente tu queixa, no hay sino que lo digas, que yo te escucharé; entonces yo, elegantes son, dixe, esos discursos, y hermoseados con la dulzura de la retórica y la música delectan mientras se escuchan; pero tiene mas hondas las raices el sentimiento de los males en el pecho de un infeliz; y así al instante que el eco de estas palabras dexa de resonar en los oidos, aquel mismo dolor intrínseco vuelve á remorder en el alma; así es, dixo ella, porque estos no son aun remedios de tu mal, sino solamente unos lenitivos de tu dolor, que está á los medicamentos tan rebelde; que yo aplicaré, quando fuere tiempo, aquellos que penetran hasta lo íntimo; pero con todo eso no te quieras contar entre los infelices. ¿Has olvidado acaso el número y el modo de tus felicidades? Dexo aparte que habiéndote faltado tu padre, el cuidado de los varones de mas suposicion te adoptó por hijo, y eligiéndote los príncipes de la Ciudad para en-

parentar por afinidad contigo, que es el mas precioso género de parentesco, empezaste á ser antes su amigo que su deudo. ¿Quién no te juzgará por muy dichoso con tanto lustre de suegros, con tanta modestia de consorte, y con sucesion tan oportuna de hijos varones? No hago reparo (porque no se ha de reparar en lo que es comun) en las dignidades, que habiéndose negado á muchos ancianos, se te concedieron á ti siendo mozo, porque deseo llegar á la singular cumbre de tu dicha; si algun fruto pues de las cosas mortales puede llamarse felicidad; ¿podrá borrarse con el peso de los males que sobrevengan despues? La memoria de aquel venturoso tiempo quando viste salir de tu casa Cónsules á tus dos hijos, cortejados de la asistencia de los patricios, y del alborozo de los plebeyos; quando sentados ellos en su tribunal recitando tú el célebre panegírico de su eleccion mereciste con tu ingenio tanta gloria, y alcanzaste con tu facundia tanto aplauso; quando paseándote publicamente en medio de dos Cónsules, colmaste la expectacion con triunfo tan grandioso; quando gozabas de estas prosperidades, á lo que yo imagino, debiste de engañar á la fortuna con alguna vana

promesa, pues ella te agasajaba tanto, y con tal cariño te concedía que supieses á lo que saben sus deleytes; alcanzaste de ella dádivas, que jamás habia franqueado á particular ninguno; ¿quieres pues venir á cuentas con la fortuna? Ahora es la primera vez que te ha mirado con ceño, y si consideras el número y el modo de todos tus lances alegres y tristes, no podrás negar que todavía eres feliz: y si piensas que no eres dichoso, porque lo que entonces parecia alegre se pasó ya; tampoco hay razon para imaginarte desdichado, porque lo que ahora parece triste tambien se pasa; ¿eres tú por ventura huesped ó peregrino que llegas ahora nuevamente á la comediá de esta vida? ¿acaso piensas que hay en las cosas humanas constancia alguna, quando vemos que al mismo hombre, que es lo mas precioso de ellas, le aniquila la velocidad de las horas? y si por mas que se dilate la prosperidad, es rara la vez que goza uno mucho tiempo de suerte dichosa, y es forzoso que el último aliento de la vida del mas feliz sea muerte de la fortuna mas constante, ¿qué piensas que importa mas que tú la dexes á ella muriéndote, ó que ella te dexé á ti mudándose?

METRO III. DEL LIBRO II.

Quando en su coche luciente
Febo ostenta su belleza,
y á esparcir rayos empieza
desde el balcon del oriente:

A vista de su arrebol
se oculta qualquiera estrella,
que á todas atropella
la ardiente llama del sol:

Mece por Abril las hojas
del bosque el zéfiro lento,
produciendo con su aliento
las rosas blancas y roxas;

Mas quando ya proceloso
el austro gime sañudo,
queda el espino desnudo
de aquel adorno pomposo:

A veces en calma igual
tranquilo el mar resplandece,
y en lo inmóvil parece
un condensado cristal;

T á veces soberbio el viento
tan altas las olas echa,
que con tempestad desbecha
las sacas de su elemento:

Pues si es tan rara la forma
que en el mundo está constante,
y á cada hora, á cada instante

tantos semblantes transforma:

*Da crédito á la ventura
de los hombres inconstante,
y al fugitivo semblante
del bien que tan poco dura:*

*Que la eterna providencia
divina tiene asentado,
que nada de lo criado
tenga asiento ó subsistencia.*

PROSA IV. DEL LIBRO II.

Verdad es, dixé yo entonces, lo que refieres, ó maestra de todas las virtudes, y no puedo negarte la carrera velocísima de mi prosperidad; pero esto mismo es lo que quanto mas me viene á la memoria, con tanta mayor vehemencia me quita el entendimiento; porque entre todas las adversidades de la fortuna, el mas infeliz género de desdicha es el haber sido afortunado; si en la falsa opinion en que tú vives engañado, dixo ella, es quien motiva el sentimiento que padeces, injustamente quieres atribuir á los sucesos de las cosas la culpa de tu pena; porque si perturba tu sosiego este nombre vano, esta voz sin substancia, esta palabra sin significacion de la felicidad fortuita, es menester que vayas discurren-

do conmigo cuántos y quán grandes bienes tienes aun; dime pues, si ha reservado la divina clemencia intacto, é inviolable lo mas precioso de quanto poseias en la mayor prosperidad de la fortuna que gozabas ¿podrás con razon quejarte de tu desdicha si estás poseyendo lo mejor de tu felicidad? florece ileso aquel lustre preciosísimo del género humano, Simaco tu suegro, cosa que tú compraras intrépido á costa de tu vida, varón tan heroyco, que fabricado y compuesto totalmente de sabiduría y virtudes, libre de injurias propias, llora las tuyas: vive tu consorte modesta por su ingenio, singular por su recato, única por su honestidad, y para comprender brevemente todas sus prendas, semejante á su padre: vive digo, y aborreciendo esta vida por sus miserias, la reserva por ti solamente por tu cariño, por cuya costosa fineza y no por otra causa confesaré también yo que se disminuye tu felicidad; pues por tu ausencia y desgracia se está deshaciendo en lágrimas y sentimiento ¿qué diré de tus hijos varones ya consulares, cuyos floridos ingenios en quanto su edad lo permite, parece que quieren competir con el de su padre y abuelo? y si el conser-

var su vida es en los hombres el mayor cuidado, ¡ó venturoso de ti si conoces bien tu ventura, pues te han quedado aun cosas tan preciosas, que ninguno duda que son mas amables que la misma vida! Enxuga pues ya las lágrimas, que aun no te ha desamparado totalmente la fortuna, ni la tempestad en que fluctuas es tan deshecha que pueda anegarte, porque tienes oehadas anclas tan tenaces que sirven de consuelo en el tiempo presente, y aseguran la esperanza para el futuro. Estén, ruego al cielo, dixe, tales anclas arraigadas siempre, que mientras ellas prevalezcan de qualquier modo que corra el temporal de las cosas humanas, arribaremos al puerto; pero bien conoces quán decaida está la ostentacion de nuestro porte: ya habemos hecho algo, dixo ella, en tu consuelo, pues no te lamentas ya de toda tu suerte, pero no puedo llevar en paciencia tu melindre, de que tan lloroso y tan congojado estés lamentándote de que le falta algo á tu felicidad para ser cumplida, porque ¿quién hay en el mundo que goce de tan colmada dicha, que no reconozca algun defecto de su fortuna? porque los bienes humanos son tan miserables, que siempre traen consigo el

afan y la solicitud, pues ó nunca vienen cabales, ó nunca permanecen perpetuos; á éste le sobran las rentas, pero le avergüenza su poco illustre sangre; á éste le hace conocido su nobleza, pero se halla tan apretado por la cortedad de su hacienda, que quisiera mas no ser conocido; aquel gozando de entrambas cosas, viéndose tan noble como rico, llora no poder casarse; aquel habiendo celebrado felizmente sus bodas, nó teniendo sucesion, le sirve de tormento ver que todo su caudal ha de heredarle un extraño; otro que se alborozó con el parto de su consorte, derrama tristes lágrimas por las travesuras del hijo, ó la desenvoltura de la hija, de manera que nadie frisa en todo con la condicion de su fortuna, porque á cada uno le sucede algo que mientras no lo experimentó lo ignoraba, y despues que lo experimenta le pone horror. Añade á esto que son los muy felices de complexion delicadísima, y si no les sucede todo á medida de su deseo, como no saben tolerar adversidad alguna, qualquiera desgracia por pequeña que sea, la sienten como insufrible; cosas de tan poca monta son bastantes á derribar de la cumbre de la felicidad á los muy afortunados. ¿Quántos

te parece que habrá en el mundo, que si les cupiera la mas mínima parte de los despojos de la fortuna, juzgaran que los encaramaba su prosperidad hasta el cielo? Este lugar mismo, que tú llamas desabrido destierro, es para los que le habitan patria gustosa; de modo que no hay cosa desdichada sino que tú la tengas por desdicha; y al contrario, viene á ser qualquiera suerte feliz tolerándose con sufrimiento. ¿Quién será tan dichoso que si da lugar en su pecho á la impaciencia no desee mudar de estado? ¿O cuántas desazones amargas se mezclan á las sazonadas dulzuras de la humana felicidad! que si al que goza de ella le parece gustosa, no es poderoso á detenerla para gozarla todo el tiempo que quisiera; luego bien se dexa conocer quán miserable sea la felicidad de las cosas mortales, pues ni dura perpetua en los que con igual animo solo aspiran á no perderla, ni llena el gusto á los que con afan solícito anhelan por acrecentarla. ¿Qué andáis pues, ¡ó mortales! buscando fuera de vosotros la felicidad que está colocada dentro de vosotros mismos? Mirad que os engañan la ignorancia y el error: yó te he de mostrar brevemente el fundamento en que estri-

ba la suma felicidad: pregunto, ¿hay para ti alguna cosa de mas estimacion que tú propio? dirás que ninguna; luego si fueres dueño de ti, tendrás la posesion de una cosa que ni tú jamas la quieras perder, ni la fortuna te la pueda nunca quitar; y para que conozcas que no puede hallarse la bienaventuranza en estas cosas fortuitas, arguyo así; si la bienaventuranza es el sumo bien de la naturaleza racional, y no es sumo bien aquel que de alguna manera puede faltar, porque le hace ventaja el otro que no se puede perder, evidente cosa es que no puede aspirar lo instable de la fortuna á adquirir la bienaventuranza; demas de esto, quien se dexa llevar de esta felicidad caduca, ó sabe ó no sabe que es mudable; si no lo sabe, ¿qué suerte feliz puede ser la que estriva en la ceguedad de la ignorancia? si lo sabe, preciso es que tema perder lo que no duda que es de perder tan facil; con que aquel continuo rezelo no le dexa ser feliz, ó acaso juzga que quando lo pierda no ha de sentir su pérdida; pues segun esto de muy poca importancia es el bien cuya falta se tolera con equanimidad; y pues por lo que te persuadieron tus estudios, no dudas de la

inmortalidad de las almas, y por lo que te enseña la experiencia conoces que la felicidad de la fortuna fenecerá con la muerte del cuerpo; bien echarás de ver que si la bienaventuranza estribára en la felicidad de la vida, todos los hombres cayeran en las manos de la miseria con la infelicidad de la muerte; mas si sabemos que muchos han buscado el fruto de la bienaventuranza no solo á costa de la muerte, sino tambien de dolores grandes y tormentos crueles, ¿cómo puede hacer dichosos esta vida á los que la gozan, si no hace dichosos á los que la pierden?

METRO IV. DEL LIBRO II.

El que tuviere intento
de fundar prevenido
incontrastable nido
á la saña del viento,
y quando el mar se altere
despreciar sus inchadas olas quiere;
Haya de la cumbre alta
y de la arena leve,
que á aquella la conmueve
el austro que la asalta;
y éste buyendo la carga
del peso que lo oprime se descarga.

Dexa la peligrosa
quanto agradable estancia,
y buyendo la arrogancia
de casa suntuosa,
á tu humildad enseña
á fundar la vivienda en firme peña.
Y aunque el euro espantoso
revuelva el golfo ayrado,
tú, seguro y guardado
en tu alvergue dichoso,
con tu quietud contento,
burlarás de la cólera del viento.

PROSA V. DEL LIBRO II.

Pero porque parece que van haciendo alguna impresion en ti estas razones, juzgo que será bien usar de otras algo mas fuertes. Ea pues, dime, dado caso que los tesoros de la fortuna no fueran tan caducos y frágiles, ¿qué hay en ellos que se pueda hacer propio vuestro jamás, ó que visto y considerado en sí mismo no sea una cosa vil? ¿por qué, pregunto, las riquezas son tan preciosas? ¿por su naturaleza propia ó por la vuestra? y en ellas ¿qual es lo de mas estimacion el valor del oro, ó la maña de adquirir el dinero? Lo que se decir es, que como quiera que sea, es